

Sólo una nubecilla empañaba ahora el luminoso cielo de su felicidad. Julieta había cambiado mucho. Se había vuelto muy majadera y reparista. Ya no era ni sombra de aquella sonriente y solícita amiga que se desvivía por complacerla.

Todavía, al recordarlo, le escocía un incidente que había sucedido dos semanas antes. No podía asegurar ahora qué lo había provocado, pero lo cierto es que de pronto le había dicho Julieta:—¿No te parece, Ysabel, que ya te estás haciendo muy mayorcita para representar el papel de la niña ingenua, que no pretende más que la entretengan con cuentos?

—¡Yo!—le contestó perpleja—¿Qué me quieres decir?

—¡Sí, hacéte la tonta! Créeme que se comenta que por algo te pasás la vida sentada a los pies de Alfonso, acosándolo a preguntas y comiéndotelo materialmente con los ojos. Ya ni siquiera lo dejás hablar con otras y esto, como debés comprender, lo aburre atrocemente. ¿No te das cuenta del ridículo en que te ponés fingiéndote embebida hasta en su más mínima expresión?

—¿Lo decís en serio?—pudo apenas balbucear Ysabel, en el colmo del estupor—. Ni siquiera entiendo qué querés dar a entender con tanto enredo. Sé que no soy más que una chiquilla para él y le agradezco el trato gentil que ha tenido para conmigo... eso es todo.

Entornando los ojos, Julieta daba vueltas frente al espejo de su tocador, mientras una sonrisa provocativa jugueteaba en su boca.

—De seguro—dijo, como distraída—que Alfonso se enamorará de otra muy diferente de vos. Dicen que a los cubanos les gusta el tipo moreno, estilo oriental. Así es que por muchas ilusiones que te hayás hecho, entre más pronto abandonés la pretensión de conquistarlo, mejor para vos.

Empezaba a convencerse Ysabel de que Julieta no bromeaba.

—¿Te has vuelto loca?—le preguntó—. ¡No decís más que disparates!

Le complacía, es verdad, charlar con Alfonso porque ocupaba en su mente el lugar reservado hasta entonces a los libros y a sus propias fantasías.

Sin intentarlo él, pues a la verdad no era jactancioso, de su conversación se desprendía que se trataba de igual a igual con magnates, reyes, duques y demás personajes notables—los mimados de la suerte que veneraba Ysabel—y oyéndolo hablar de ellos, de sus hábitos y costumbres como podría hacerlo ella de sus vecinos de Costa Rica, recibía la grata impresión de que los conocía también.

Su palabra tenía el don de dar interés y brillo a los menores detalles: extendiendo ante la imaginación de Ysabel todo un universo nue-

vo. La vida esplendorosa e ideal en los grandes palacios de Madrid, Londres, Roma y Berlín; el torbellino ostentoso en las villas y hoteles de la Costa Azul. Monte Carlo, Biarritz, Niza, San Sebastián y otros más desfilaban ante su mente, poblados de seres exóticos, de singular atracción.

No se puede negar, se dijo, que es galán y sobre todo muy distinguido; pero ya debe tener casi cuarenta años. Me parece que en alguna ocasión me dijo que me doblaba la edad y más... ¡Qué extraño, pensó, que Julieta se muestre tan molesta porque yo hable con Alfonso, a quien considero tan sólo un amigo casual, afable y simpático, aunque ya un poco mayor y de trato algo ceremonioso!

—Mirá, Julieta—murmuró por fin, todavía más confundida que molesta—. ¿Qué te pasa hoy... por qué me hablás de ese modo tan incomprensible y raro? Alfonso ha sido muy amable conmigo... conversa muy bonito... pero ya está algo viejo y yo...

—¡Viejo!—la interrumpió Julieta exaltada—¿Cómo vas a llamar viejo a un hombre en la plenitud de la vida? ¡Y además, viejo y todo, es multimillonario y claro... vos...

No hubiera soñado Ysabel jamás que Julieta pudiera hablarle así. ¡Con que eso era!—se dijo indignada—¡decir que yo, yo... Ysabel Girón, estoy dedicada a conquistar un hombre por interés...! ¡Ni por eso, ni por nada sería capaz

de mendigar el cariño de nadie! ¡No faltaba más! ¿Con que así me juzga? ¡Claro, como eso fué lo que ella hizo!

—Te hablo así—le decía ahora Julieta, empleando un tono de solícita y maternal preocupación—porque te quiero y me duele que hagás un papel de simplona. Sé que Alfonso se burla lindamente de vos y...

—¡Alfonso... burlarse de mí!—exclamó Ysabel—¡eso sí que ya pasa de castaño oscuro!

Jamás creyó ser ofendida con tanta grosería. Sintió un hondo resentimiento; pero aún más profunda la sensación de una indefinible repugnancia a algo intangible que trascendía de las palabras de Julieta. Vagamente recordaba haber sentido el mismo escalofrío de horripilante asco, una vez que ella y María se internaron en una cueva, persiguiendo a unas mariposas, y de pronto, en la húmeda penumbra, se vieron rodeadas de inmundos murciélagos que las rozaban con sus largas alas.

Se le llenaron los ojos de lágrimas.

Afuera oyeron las pisadas de tío Jaime.

Julieta cambió de actitud instantáneamente. Se apresuró a besar a Ysabel.

—¡Tontita, no hagás caso—le dijo—¿No ves que son bromas?

Ofendida aún, Ysabel la apartó, y no queriendo que tío Jaime se enterara de que lloraba, corrió a esconderse en su dormitorio.

Pensó no volver más a casa de Julieta; pero el sábado siguiente no supo cómo negarse cuando se apareció con tío Jaime a buscarla, cariñosa y amable como nunca. Sin embargo, resentida todavía, en la acostumbrada tertulia se mostró a tal punto callada y retraída que llamó la atención a todos.

Intrigado, Alfonso hizo varias tentativas para animarla. Sus esfuerzos fueron vanos. Ella, displicente y pretextando un fuerte dolor de cabeza, se retiró temprano. Deteniéndose antes de entrar a su dormitorio al oír que la nombraban, aún pudo escuchar la conversación de Alfonso y Julieta.

—¿Qué le pasa a la Bebita, siempre tan sociable y hoy tan disgustada?—había preguntado aquél.

—Está enamorada de un joven que no la determina y además, creo que la aburriré—suspiró Julieta—. Según entiendo, somos demasiado viejos para ella...

—¡Qué lástima! porque es una niña sorprendente—volvió a decir Alfonso—. Me hace una gracia verla con ese modito tan serio de señora irreprochable. Creo que se ofende cuando uno olvida darle el trato debido a una princesa, y tiene razón, porque en verdad lo es. Una princesita bellísima... y qué manera más deliciosa de ver la vida... ¡Quién tuviera quince años como ella!

—¡Quince años!—exclamó entonces Julieta dando muestras de un enojo que sorprendió a sus amigos—. ¿Eso creían ustedes? ¡Pues tiene chiste! El sábado entrante cumple dieciocho.

Rabiando de cólera, se tranquilizó Ysabel al oír la voz irónica de Alfonso.

—¡No digas; pues sí que es vieja... a la verdad no me había fijado en sus canas y arrugas... talvez por el hecho de ser una colegiala...

Cierto que en los días subsiguientes había logrado Julieta, a fuerza de halagos, disipar el resentimiento de su sobrina, a tal punto que, con la despreocupación de la juventud, ya no tenía Ysabel más que un vago recuerdo que sólo de cuando en cuando volvía a su memoria y le producía cierto escozor.

Ahora no podía pensar en otra cosa que en su obligada reclusión. Desconsolada se lamentaba por milésima vez: ¿Por qué habré entrado en esta horrible prisión, por qué?

Demasiado bien lo sabía. Olvidaba ahora la inmensa aflicción que había sentido ante la perspectiva de tener que regresar a Costa Rica. Olvidaba las súplicas a su abuelita, las cartas que habían escrito tía Luisa, tío Jaime y hasta tío Pat a sus padres, en obsequio a sus urgentes ruegos, y el intenso júbilo que experimentó cuando sus padres, contra lo que ella esperaba, habían asentido a darle el ansiado permiso para que entrara en un colegio y se quedara en

Nueva York hasta el próximo Junio. Y dramatizando su situación, hubiera de decir entre dientes: ¡Quién me lo hubiera dicho! ¡Estoy en Nueva York, y me siento abrumada de hastío, igual que cuando vivía en Cartago... qué digo igual... ¡Mil veces peor! ¡Por lo menos allá, lloviera o tronara, había siempre verdor de follaje y flores meciéndose al impulso de las brisas; mientras que aquí a cada ráfaga de viento huracanado, caen mustias las últimas hojitas dejando los árboles como esqueletos! ¡Ya no hay ni una briznita de hierba y menos una flor, ni nada!

Con el nudo en la garganta y haciendo pucheros.

¡Ashú... ashuú... estornudó. Se sentía cada vez más indispuesta. Apoyó la frente en el cristal de la ventana, sintiendo un gran alivio para su rostro enfebrecido al contacto del helado vidrio.

Afuera llovía a cántaros. Azotado por el vendaval, un árbol en medio del patio, agitaba con furia sus negras y desnudas ramas. El agua se estrellaba con fuerza contra las ventanas con un chasquido lúgubre que aumentó la melancolía de Ysabel.

Al otro lado del patio se oía a las discípulas practicando sus lecciones de piano. Cesó al rato la algarabía de disonancias y pudo escucharse una voz dulcísima que cantaba. Seguro es Sor Anunciata ensayando la misa del domingo, mu-

sitó Ysabel. Algo en la suave melodía le recordó el canto favorito de Joaquín. El canto de su primer amor. Cerró los ojos emocionada y le pareció oír su voz vibrante, segura, como tantas veces la había escuchado en los primeros tiempos de sus relaciones:

Todo pasa en el mundo cual la brisa
que acaricia una flor,
como pasa una lánguida sonrisa,
como pasa una súplica de amor.

Todo se desvanece cual las brumas,
cual las brumas del agitado mar,
y nuestros sueños son leves espumas
que deshacen los vientos al pasar.

Mientras bajito tarareaba estas estrofas, pensaba con nostalgia en lo mucho que Joaquín la había querido. ¡Qué profético había sido su cantar favorito! Añoró su hermosa voz, callada para siempre, y lo quiso como jamás lo pudo querer en vida... Oyó que la llamaban suavemente... Una monjita, más bien una novicia, de carita afable y ojos lánguidos, había entrado con leve paso a traerle un vaso de leche. Cuando se fué, la dejó aún más deprimida. ¿Qué extraño impulso, pensó, la habrá traído aquí a hacerse monja... no se sentiría a veces morir de tedio... no tendría a ratos deseos de huirse a donde hubiese música alegre, bailes y diversiones?

Su expresión y su modo le recordaron a su prima María, a su santa y generosa compañerita de la niñez. ¡Cuán lejos estaba ahora! ¿Qué estaría haciendo? Quizás se sentía adolorida y lloraba... ¡Qué lejanos estaban ahora los días felices que habían pasado juntas! ¡Qué conmoción tan grande había causado en sus vidas el terrible y espantoso terremoto!

Hacía ya mucho tiempo que no pensaba en estos acontecimientos que habían enlutado su vida. Su naturaleza fuerte, ansiosa de placeres, alejaba instintivamente esos dolorosos recuerdos; pero hoy que estaba sola, enferma y desanimada, dejaba correr su mente sin fuerza para desvanecerlos.

Se estremeció, pareciéndole que se encontraba de nuevo allá, en medio de tantos horrores, casi muerta de dolor y de espanto. La venció la pena del recuerdo, y cubriéndose la cara con ambas manos echó a llorar desconsoladamente.

El ruido de una puerta que se abría la hizo levantar el rostro. Una joven delgada y pálida, con blancura de lirio y el pelo recogido en un moño tan abundante que parecía que su cuello no podría soportar su peso, entró al aposento y al preguntarle: ¿por qué lloras?, rompió también a llorar, haciendo una serie de muecas que desfiguraron grotescamente su rostro de facciones perfectas, como las de una estatua griega.

Juntas, sin saber quizá por qué, lloraron ambas como si esto fuera lo más natural; pero al cabo de un rato, dándose cuenta de lo ridículo de la situación, con juvenil desenfado se echaron a reír con alegres y sonoras carcajadas.

Elena se llamaba esta joven, y era muy admirada en el colegio por su beldad y porque pertenecía a una de las familias más poderosas del mundo. Su padre era Frank Dorgan, el célebre millonario, y su madre doña Leonor Sandoval, la menor de cuatro hermanas pertenecientes a una linajuda familia cubana, universalmente famosa por su belleza.

Sin contestar a su pregunta, Ysabel le preguntó a su vez:

—¿Por qué lloraba usted?

Elena se quedó un instante confusa, y luego, mirándola con sus grandes ojos negros, sombreados por largas y rizadas pestañas, le contestó:

—Porque al verte llorar no pude contener mis lágrimas.

—¡Ay, qué divertido!—exclamó alegremente Ysabel, olvidando sus penas—. ¡Será como cuando una persona bosteza, que todos los demás se contagian y van abriendo la boca uno por uno!

—No—murmuró Elena—es que yo... bueno, por qué no contarle... Es que yo soy muy desgraciada... tanto que me dan ganas de morir. Mis padres me tienen prisionera aquí por castigo, para quitarme del pensamiento a

un hombre; pero lo que van a conseguir es matarme. ¡Lo tengo aquí, en el corazón... nada ni nadie me lo hará olvidar jamás!

Y las lágrimas asomaron de nuevo a sus ojos.

No pudo resistir Ysabel la ocasión que se le presentaba de demostrar que su drama superaba al de Elena, y temblándole la voz le contó su trágica historia.

Hondamente impresionada y condolidada declaró Elena con gran complacencia de Ysabel, que lo suyo no era nada en comparación, pues de algún modo podría tener remedio, mientras que lo de Joaquín era ya irreparable.

Cuando regresó la novicia con medicinas y la comida para las dos—pues Elena también había sido puesta en cuarentena—ya se habían contado su vida y milagros con lujo de detalles minuciosos, llegando a la conclusión de que ambas eran víctimas del destino y de sus familiares; se habían jurado amistad perpetua y apoyo mutuo, y habían convenido que Cleopatra buscando una serpiente después del abandono en que la dejó Marco Antonio, Julieta llorando sus desventurados amores con Romeo, Eloísa sufriendo por Abelardo, y todas las demás heroínas de las grandes novelas resultaban insignificantes y destañadas figuras en comparación a sus propios merecimientos para ocupar lugar preferente en los anales de la historia de los grandes y trágicos amores.

Como una ironía del destino, al amanecer del día siguiente las dos heroínas infortunadas tenían sus caras hechas unas máscaras por efectos del sarampión.

¡Una vez más la prosa de la vida vencía a la ilusión!

*

Al despertar Ysabel esa mañana le pareció que todavía soñaba. Nunca, ni en las más inspiradas fantasías de su imaginación, en las cuales se contemplaba siempre rodeada de esplendor, había ideado nada tan completo y perfectamente bello como esta mansión en que vivía Elena.

Ella sabía que su amiga era inmensamente rica; pero hasta que no conoció este palacio, no se dió cuenta de lo que podían significar las palabras, *inmensamente rica*.

Construído en aquella época victoriana en que *nouveaux riches* con afán de ostentación levantaron tantas monstruosidades arquitectónicas en los Estados Unidos, era en verdad una imponente mole de piedra gris, y su estilo y decorado formaban con su mobiliario una pasmosa alianza entre la escuela victoriana y los estilos churriguerescos, bizantino y persa.

Tan sólo el departamento de Elena se había librado, gracias a su inflexible voluntad, de tanto anacronismo y lucía un decorado sencillo y armónico.

Años después habría de reírse Ysabel al recordar cómo se había rendido ante los encantos de este baronial monumento, que un chusco, insensible a tanta magnificencia, había bautizado «el mausoleo».

Pero ahora se decía en el colmo del embeleso: ¡Qué casa más divina... cuán feliz sería yo si fuera mía!

Sonaron unos golpecitos en la puerta y entró una doncella de rizada cofia y coqueto delantal, con una bandeja de plata, en la cual estaba dispuesto un delicioso desayuno. En medio del servicio de café de bellísima porcelana de Sajonia, un florerito derramaba lirios del valle y violetas que esparcían por la estancia un sutil aroma.

—Vine a despertarla, Miss Ysabel—dijo Bes-sie, la doncella—porque Miss Elena me mandó a recordarle que hoy almuerzan afuera con Míster Walter y que él es un fanático de la puntualidad.

Con leve paso y ademanes discretos apartó los cortinajes de terciopelo color *bois de rose*, permitiendo entrar la suave claridad de un día invernal y se ocupó de recoger las prendas que en desorden había dejado Ysabel sobre la rica alfombra de Aubosson y los elegantes sillones Luis XIV.

¡Qué dirían mamá y tía Eloísa de mi falta de orden!, pensó avergonzada.

Pero la verdad es que había llegado materialmente rendida y muerta de sueño de tanto bailar, coquetear y lucir hasta altas horas de la madrugada.

Ya hacía muchos días que estaba con Elena; pues aun cuando la invitación había sido tan sólo para pasar una semana, la temporada se alargaba. Después de todo con una sola semana de vacaciones no se podrían reponer del sarampión. Se quedarían una más, había decretado doña Leonor.

Desde luego que no iba a ser Ysabel quien pusiera fin a una temporada tan agradable.

La madre de Elena era la señora de aspecto más imponente que Ysabel había visto en su vida; pero se mostraba muy cariñosa con ella, encantada por la influencia favorable que ejercía sobre su hija.

—Es un crimen—decía—que Elena tenga tan marcada tendencia a olvidar la importancia de su posición y a enamorarse a cada rato de algún hombre insignificante. Ysabel no me parece que sea así.

La verdad es que todos los que no tuvieran inmensos capitales o estuviesen en planos eminentes eran unos insignificantes mortales a los ojos de Mrs. Dorgan, *née* Leonor Sandoval, y que si no tenía prevención en contra de Ysabel era porque ya Elena le había contado que uno de sus abuelos había sido Presidente de Costa

Rica, y se figuraba por ello que debería ser multimillonaria. Eso era lo corriente en esos países de América como todos lo sabían. No podía imaginarse que en ese rincón del trópico los presidentes salían a abrir sus bufetes o a manejar sus fincas al cesar sus funciones. Además Elena, que conocía bien a su madre, le había asegurado que los consejos de Ysabel la habían llevado a romper con Luis, el novio pobrete que tanto la había disgustado, y aceptar los cortejos de Walter, un joven adecuado perteneciente a una antigua familia americana de las de pergaminos, que si bien no tenía fortuna, iniciaba ya la carrera diplomática y eso era algo. Con la influencia de la familia Dorgan, segura estaba doña Leonor que podría llegar pronto a Ministro y después de un tiempo prudencial quien sabe si hasta a Embajador.

Bueno, siquiera ahora puedo considerarme tranquila y feliz—había pensado la encopetada dama. Los amores de su hija eran siempre de corta duración y se desmoronaban con la ausencia, como azúcar en el chocolate; pero no le hacía gracia a Mrs. Dorgan la perspectiva de pasarse la vida paseando con Elena por el mundo, para que olvidara sus fugaces amores, como de seguro habría sucedido ahora que terminaba la época en que se la podía mantener interna en un colegio.

Por lo demás, dado el carácter de su hija

Elena, doña Leonor miraba con agrado sus nuevos amores, pues ya había llegado a temer que si no se daba prisa en casarla con alguien, siquiera medianamente aceptable, acabaría por enamorarse del *chauffeur* cualquier día, como lo acababa de hacer otra *original* hija de su más íntima amiga.

Se complacía por todo ello doña Leonor en mostrarle su agradecimiento y prodigarle atenciones. Jamás había estado Ysabel más feliz. Con íntimo gozo observaba todas las minucias del ritual que ennoblecía los detalles más triviales de la vida en la casa de los Dorgan, porque eran estos refinamientos lo que más le agradaba de esta etapa de ensueño esplendoroso en que se encontraba: las violetas en el frágil búcaro adornando la bandeja del desayuno, la impecable doncella que la atendía con esmero, los variados servicios de plata bruñida o de finas porcelanas; los mil y mil detalles de una vida llena de lujo y exquisitez la embriagaban llevando de placer su alma delicada y fina que parecía creada para apreciar la esencia de lo más perfecto.

Abandonó el lecho y envolviéndose en una tenue *neglige* de *chiffon* y encaje entró al cuarto de baño. Bessie vertía sales en la bañera de mármol jaspeado. Con deleite, cerrando los ojos, aspiró el voluptuoso aroma de claveles que perfumaban el ambiente.

Luego, sentada frente al espejo del *boudoir*, sin atender a su tocado, admiraba extasiada las fantasías de cristal, de plata y de porcelana que adornaban el tocador.

—¿Qué hay, perezocilla?—le preguntó Elena al entrar vistiendo una primorosa *ensemble* en tonos de *beige*—. Vine hace horas a ver si querías ir al Parque Central a montar a caballo; pero dormías tan profundamente que me dió pena despertarte. Parecías un ángel de Boticelli o más bien una *madonna*, tendida sobre el resplandor de tu espléndida cabellera. ¡Qué encanto de cabello! Ganas me dan de teñirme el mío! ¿Qué te parece?

—¿Teñírtelo... se puede?—le preguntó Ysabel medio espantada, pues nunca había imaginado que se hiciera tal cosa.

—¡Claro, bobita! aquí todas se lo tiñen... y hasta cambian de color varias veces al año, según el capricho; pero tinte del color del tuyo, de ese oro con tonalidades bronceadas, no es fácil, por no decir imposible conseguirlo.

—¿Sabes?—continuó—Alfonso me dijo que cuando te conoció no podía creer que tu cabello fuera de color natural. ¡Qué enfadada me puse! ¡Tonto, pesado, pedante, le dije, que de tanto andar entre cómicas, bailarinas y demás aves raras ya no sabes distinguir lo falso de lo verdadero!

—¡Ay por Dios, Elena!—repuso Ysabel po-

niéndose roja—. ¿Eso le dijiste? ¡Qué bárbaro!

—¿Y por qué no? ¡Alguien tiene que dominar a ese fatuo!

—¿Deveras crees eso de Alfonso?

—¿Que si es fatuo? ¡Ah, chica, si ninguno lo puede ser más. Pero claro... sería raro que no lo fuera. ¿Te das cuenta de lo que significaría llegar a ser la señora de Rezén y Sandoval? ¡Y además es tan simpático, tan distinguido y galán... porque no me negarás que sí lo es...! Yo le tengo mucho cariño y me he acostumbrado a tratarlo con intimidad de hermano. Es primo de mamá y pasa largas temporadas con nosotros desde que perdió a su madre—. Y continuó:—Vieras cómo me divierto haciendo rabiar a sus *flirts* cuando me lleva a la *matinée*, y luego a tomar chocolate a Mail-lard's o a cualquier otro de esos salones de moda. Yo lo miro, para provocarlas, con ojos de enamorada, fingiendo que somos novios. Lo malo es que él no coopera y simplemente se ríe de lo que llama mis locuras.

—¡No!—dijo Ysabel, quien oía toda esta historia sintiendo algo de desconcierto—. ¿Pero es verdad que anda siempre enredado con esas que dices?

—Qué sé yo... Así cuentan... Pero mira: lo que sí es cierto es que está realmente encantado contigo! Ayer lo oí diciéndole a mamá que eres una niña incomparable. Si no fuera que él

es como es, yo me ilusionaría con la idea de que se enamorara de tí. ¿Qué grato sería... verdad? Pero qué va a ser... ¡Ese se burla de todas y no se casará nunca! De todas maneras tú no le harías caso, ¿verdad?—agregó presurosa, apenada al darse cuenta de que al hablar atolondradamente había cometido una torpeza. Y sin esperar respuesta—¡mira!—le dijo—, voy a ponerme el sombrero y vuelvo en seguida. Iremos juntas a saludar a mamá antes de irnos. Acaba de vestirme, que se nos hace tarde.

Dejó a Ysabel pensativa y disgustada. Le llovía sobre mojado. No se figuraba que Alfonso se iba a prender de ella. ¡Claro que no! Pero después de las advertencias de Julieta, las palabras de Elena la tocaban en lo vivo.

¡Qué manía de atribuírle, como un pensamiento fijo, el deseo de enamorar a Alfonso y qué empeño en prevenirla contra un fracaso! ¿Qué le importaba a ella ese presuntuoso figurín?

Del cariño de Julieta y Elena no podía dudar. No le hablaban así por mortificarla, sino por su bien; pero de todas maneras la molestaba tanto consejo y tanta lamentación, en que siempre daban por seguro que Alfonso no podía enamorarse de ella, ni remotamente, como si fuera una insignificante doña Nadie. Deseos le daban de hacer algo para demostrar de lo que era capaz. ¡Pero no! Después de todo, no la interesaba ese engreído. No se ocuparía de él en lo más mi-

nimo. Le probaría con un marcado desdén que no existía para ella.

Tengo que hacerlo con cierto disimulo para no ofender a Elena, se decía; ¡pero tengo que hacerlo! se repitió con decisión. ¡No se burlará de mí! Y que no se imagine tampoco que me ha alegrado el encontrarlo instalado en esta casa.

Había tomado la resolución de desempeñar con los encopetados amigos de Elena el papel de una mujer inaccesible, exótica y atrayente, dotada de ese poder que presta el venir de tierras misteriosas y tropicales, como había oído que describían a la América Latina algunos amigos de tío Jaime. Le había pedido a Elena que no contara que aún estaba en el Colegio, y todo marchaba a pedir de boca; pero ahora temía que su castillo de ilusiones se deshiciera como los castillos de naipes que construía en su niñez. De seguro que Alfonso, se decía desconsolada, se pondrá aquí, tal como hacía en casa de tío Jaime, a contar anécdotas que revelarían mi ingenuidad de los primeros días de Nueva York, y recordaba llena de despecho que él había fingido celebrarlas como si efectivamente las encontrara graciosas.

¡Qué requetetonta he sido... ahora sé que es un falso, indigno de mi amistad y confianza... qué rabia haberle servido de juguete! ¿De alguna manera habré de vengarme y salir triunfante en mi empeño! ¡Ya lo verán él, Julieta, Elena y todos!

Dos días después fué Ysabel, sin enterar a Elena, a una de las grandes tiendas de la Quinta Avenida, y allí, contra los consejos de la vendedora, quien se empeñaba en mostrarle modelos *jeune fille*—lindos, se dijo, como para una recién nacida—compró una relumbrante creación, con la cual pensaba brillar en el banquete seguido de baile, que se daría esa noche en casa de Elena en honor de un importante personaje. Se proponía deslumbrarlos a todos. ¡Ya lo vería ese odioso de Alfonso!

Había pasado largas horas, en la soledad de su dormitorio, practicando las lánguidas miradas, los enigmáticos y conquistadores gestos y modales de Ethel Barrymore, la excelsa actriz a quien había visto en escena dejar rendidos a todos sus galanes con tan eficaz medio de seducción. ¡Qué distinta fué la realidad! ¡No quería ni recordarlo! ¡Había hecho delante de Alfonso el ridículo del siglo!

Elena le había pedido que se arreglara temprano para que la ayudara a colocar las tarjetas en los sitios de la mesa del banquete. Bajaba presurosa a hacerlo, poco antes de la hora en que deberían llegar los invitados, cuando se le ocurrió detenerse en el descanso, en que se unían los dos brazos de la escalera que venían de la galería para formar una sola y ancha escalinata que descendía hasta el hall de entrada, a hacer monerías frente al espejo que cubría todo el

lienzo de la pared. Se miraba embelesada, con razón. Estaba arrobadora, vestida con el exquisito traje de brillante lamé que permitía adivinar las líneas perfectas de su cuerpo de náyade. Sonriente y feliz, sin sospechar que la pudieran observar, caminaba para acá y para allá adoptando diversas posiciones. Estudió el efecto de una sonrisa, de un ceño, extendió su mano a un imaginario admirador para darla a besar, mientras por los entrecerrados párpados lo miraba con soberana altivez.

De pronto, sobresaltada, oyó una voz varonil y burlona que exclamaba: ¡Bien, muy bien! ¡Magnífico! ¡Ni la misma Maxine Elliot lo hubiera hecho mejor!

Se volvió asustada. En el hall, bajo una lámpara que goteaba cristalitos prismáticos y centelleantes, estaba Alfonso, riendo a carcajadas, mientras aplaudía calurosamente. Confusa y ruborizada se quedó Ysabel unos instantes paralizada y sin saber qué hacer ni qué decir. Por fin, llevada por un impulso infantil huyó escalera arriba. Tropezó, se enredó en el largo vestido, se quiso caer y cada vez más turbada, se encerró en su cuarto y atrancó la puerta como si temiese que ese antipático la fuese a perseguir. Descendió al mucho rato, cuando ya se había serenado bastante. En el fondo del salón, frente a una monumental chimenea de mármol negro, Alfonso conversaba con varias señoras, al parecer pendientes de su menor palabra.

Quiso perderse entre la concurrencia que llenaba el salón; pero dió con Elena quien le preguntó: ¿Qué te pasó que no bajaste a ayudarme? Mandé a un criado a buscarte; pero me dijo que nadie contestó a su llamada. Casi se me hace tarde por esperarte. ¡Mmm, ah traje tan elegante... no te lo conocía... qué linda estás!

No le daba tiempo para contestarle y la conducía justamente hacia la chimenea, adonde menos quería ir. Ven, le decía, quiero presentarte a Thomas Logan, tu compañero de mesa.

Vuelto de espaldas, Alfonso parecía absorto escuchando la charla de una joven de cutis ligeramente bronceado, de aspecto sensual y llamativo. Mientras Elena hacía la presentación, Alfonso se volvió hacia Ysabel y sonrió al verla.

¡Ya me va a decir alguna pesadez!—pensó Ysabel. Pero en ese momento anunciaron la comida, y su compañero, dándole el brazo, la condujo hacia el comedor. Con los aires de mujer de mundo que tanto había ensayado la noche anterior, pasó frente al sonriente Alfonso aparentando no verlo.

Más tarde, sentados ya a la mesa, por entre las cestas de raras flores y los candelabros de plata que la adornaban, lo vió sentado casi en frente. A su lado estaba la misma sugestiva dama. Notó que la miraba y que fingiéndose contrito, le hacía gestos amistosos. Ofendida aún, juzgando que seguía sus burlas, desvió la mirada con enojo.

—¿Quién es aquella atractiva joven que está a la par del señor Rezén?—preguntó a su compañero.

—Eugenia de la Barra, por el momento la favorita del Sultán—le contestó. Comprendió Ysabel que se refería a Alfonso y se enfureció consigo misma al sentir que un absurdo e inexplicable enojo conmovía su pecho. Ni remotamente sospechaba que pudiera interesar seriamente a Alfonso. No obstante, él se sentía cada vez más atraído por el modo de ser de esta niña, tan diferente a todas las otras muñecas de sociedad que lo rodeaban. Adivinaba en ella un carácter altivo y difícil de doblegar, y esto aumentaba la atracción que su singular belleza comenzaba a ejercer sobre él. Cuando la había visto haciendo monerías en la escalera se había sentido encantado e invadido por un irresistible impulso de correr hacia ella, envolverla en sus brazos y besarla con pasión; pero jugado y atrevido, acostumbrado a que tantas mujeres deseosas de compartir su posición y sus riquezas le entregaran sus favores, ante esta niña angelical y sin experiencia, se sentía cohibido y tímido como no lo había sido desde los primeros años de su juventud. La había conocido en casa de Julieta, y gradualmente, a través de las conversaciones que las tertulias de fin de semana le permitían había llegado a sentir que la rodeaba una aureola de candoroso hechizo que la protegía.

¡Qué bella niña, se decía, si es una Virgen de Murillo! En su rostro se trasluce un corazón vehemente y apasionado. ¡Sería delicioso despertar sus sentimientos aun dormidos; pero también sería un crimen. ¿Por qué habrá cambiado tanto conmigo? Antes me buscaba y ahora parece que me huye. De seguro Elena la habrá prevenido en mi contra.

¡Oye, don Juan!—recordó—que le había dicho Elena esa misma tarde con ademán severo.—No quiero que hagas sufrir a mi amiguita como encuentras tan gracioso hacerlo con todas. Ella no es como las mujeres de aquí que nacen sabiendo. Si la cortejas te creerá sincero. Sé que en su país jamás se acerca un caballero a una joven de sociedad, si no es con la intención de terminar pidiéndola en matrimonio. Tú, ya sabemos que eres incasable, así es que déjamela tranquila. ¿Piensas que no te he visto ya haciéndole la ronda? Su tío Jaime me ha contado que las costumbres de Costa Rica son muy severas, que jamás se le permite a una señorita hablar a solas con un hombre, ni siquiera con su prometido. ¿Raro, verdad? Comprenderás que no puede tener ni sombra de malicia ni de experiencia.

¡Mmm... qué maravilla!—había exclamado él, y con intención de embromar a Elena, en ademán de relamerse los labios, le había dicho:—Si es precisamente lo que tanto me viene recetando mi médico, un verdadero *bocato di Cardinale*...

¡Uy!—había repuesto Elena cambiando de táctica sin reflexionar que era lo peor que podía hacer:—¡tú sí que eres fresco... te vas a llevar un chasco único, por engreído! Ysabel es muy orgullosa y además no tiene ni pelo de tonta... No sueñes con enamorarla.

Sólo pensar que una mujer pudiera resistírsele constituía generalmente un reto para Alfonso; pero en esta ocasión reflexionaba: tiene razón Elena, con esta niña no hay que jugar... es un primor... una joyita; ¡lástima que sea tan ingenua; todo lo tomaría por lo serio!—Y sin embargo sentía un deseo inmenso de dejarse llevar por la corriente de sus encantos. Algo lo detenía, talvez un presentimiento de que en el fondo de sus grandes ojos verdes se ahogaría su libertad.

¡Eso sí, ni pensar en llegar al matrimonio! ¡Ni con ella ni con ninguna, por inmaculada y linda que fuera!

Optó por dedicarse, con renovado fervor, a cortejar a Eugenia.

De regreso al salón se limitó a admirar a Ysabel de lejos. ¡No tiene un defecto, ni el más pequeño!, se decía. ¡Y ya no es una niña... es una mujer soberbia!

Ella, en cambio, no se acordaba de que existía Alfonso. Radiante y feliz, no se habría cambiado en ese momento ni por una princesa. Aceptaba con seductoras sonrisas y graciosos gestos el homenaje de sus rendidos admiradores. Con

los ojos brillantes de placer pasaba girando en brazos de alguno de los galanes que se habían apresurado a llenar su carnet. Centelleaba como un astro. Su traje plateado reflejaba la luz de los candelabros de cristal. Tal como lo había soñado, su bella personita atraía las miradas y la admiración de todos.

Alfonso se sintió molesto, incómodo, y deseoso de ahuyentar su disgusto se despidió secamente de Eugenia dejándola muy preocupada por sus bruscos modales. Salió del salón a la francesa y se fué a dar un paseo por Broadway.



Al día siguiente, Julieta, con la voz desbordante de alegría, había llamado a Ysabel por teléfono para decirle: —¡Figuráte, qué gran gozada... nos vamos para Washington...! Vení enseguida porque tenemos que ponernos de veinticinco alfileres!

De nuevo, rápido y alborozado correr de tía y sobrina por las tiendas de Nueva York. A los tres días, preparadas para cualquier eventualidad del más elevado orden social, llegaron a Washington, hospedándose en la Legación de Costa Rica, por amable invitación del señor ministro y de la señora Sardeña. Contrastaba esta Legación desfavorablemente en tamaño y elegancia con las demás, aún con las de países igualmente pequeños; pero eran los señores Sar-

deña tan gentiles, tenían tanto don de gentes y él en especial era un hombre de tanta cultura y distinción, que sin dificultad se habían captado unánime simpatía y cariño.

Tanto en el círculo diplomático como en los demás, tenía Costa Rica la suerte de ser bien considerada. Se expresaban todos con benevolencia de esta tierrita, a la cual admiraban como pequeña en extensión, pero grande en espíritu democrático y progresista.

Julietta, maestra del disimulo, no dejó traslucir su amargo despecho al ver a otra mujer, aunque fuera una antigua y querida amiga de su madre, en el puesto que ella había ambicionado, y se propuso divertirse de lo lindo y brillar en esa sociedad tan escogida; pero el destino guardaba los mejores triunfos para Ysabel, quien se vió de pronto festejada asombrosamente.

Un hecho trivial, aunque inusitado, contribuyó poderosamente a ello. Sucedió en una de las recepciones de la Casa Blanca a la que concurrían centenares de personas. Al serle presentada al Presidente de los Estados Unidos, éste elogió con entusiasmo y en alta voz, la belleza de Ysabel, que calificó de extraordinaria. El réclame que esto le dió, en el país por excelencia de la publicidad, fué increíble, pues los periodistas, ávidos siempre de todo lo sensacional, declararon a Ysabel la mujer más bella que jamás había pisado los salones de la mansión presidencial.

Fué suficiente para que su fama creciera como bola de nieve. Su retrato fué reproducido en periódicos y revistas y su vida entera se tornó de la noche a la mañana, de intenso interés para el público norteamericano, y hasta un famoso diario neuyorkino le hizo el honor de dedicarle una página entera en su sección del domingo, como la beldad costarricense, reina del cuerpo diplomático acreditado en Washington. Joven y bella y celebrada cual ninguna, fué Ysabel, por unos días, completamente dichosa.

En un *cocktail* en la Legación de Cuba se encontró con Alfonso. Aunque se acercó a saludarla, cortés y afable, la mortificó el que hiciera broma de sus triunfos asegurándole que había venido a Washington atraído por su fama y con el único y firme propósito de postrarse a sus pies como el más rendido de sus súbditos. Bien sabía que se mofaba de ella, pues Elena, tras exigirle juramento de que guardaría el más profundo secreto, le había confiado que Alfonso era una figura de importancia internacional y que iba con frecuencia a la capital a tratar asuntos de estado relativos a la guerra que por momentos se temía estallara por la rivalidad de la Triple Alianza y la Triple Entente.

—¡Qué gran lata, que venga ahora este petulante a fastidiarme otra vez!—se decía ahora Ysabel.—¿Porqué se empeñará el destino en atravesarlo en mi camino a cada paso, cuando más

quiero alejarme de él? ¡Es muy curioso! Cuando lo conocí, lo encontré simpático y fuí amable con él, y sin embargo parecía complacerse en tratarme como una ingenua tonta; y ahora que me repugna, me busca y quiere hacerse el atento. ¿Por qué será así?

Con el resto de sus amigos se había sentido siempre muy dueña de sí misma, convencida y posesionada de su superior papel. Nunca, ni en los primeros tiempos en que frecuentó la sociedad en Costa Rica, había sido tímida. Por alguna razón extraña, ante Alfonso había de aparecer siempre como una niña boba e inexperta.

¡Después de todo, se dijo, que me importa lo que pueda pensar Alfonso! ¡Sería tontería ocuparme de él, y más ahora que no tengo tiempo para dedicarme a un solo hombre, por importante o endiosado que esté.

Esa noche en la Embajada Imperial Rusa pasó Alfonso frente a Ysabel del brazo de una dama, delicada como una figurita de Watteau. Al verla se detuvo para presentársela. Después al recordarlo encontró extraño que se la hubiera nombrado tan sólo como Natacha. La dama muy amable se manifestó *enchanteé* de conocer a este nuevo astro que brillaba en el cielo estadounidense. Pero a Ysabel no le cayó en gracia. Encontró fingidos sus modales y en su voz un dejo burlón de condescendiente superioridad que la molestó. Apenas si contestó a su cumplido con estudiada cortesía.

Cuándo ya tarde, casi terminada la fiesta, se acercó Alfonso a invitarla a bailar, la notó triste y disgustada. La adivinó resentida con él por sus bromas de esa tarde; pero no obstante le dijo:—¡Mira, Nenita, perdóname... Estoy convencido de que tú no eres ya la monísima chica que conocí hace unos meses sino una linda soberana y prometo tratarte de ahora en adelante como tu rango y tu edad lo exigen!

No se dignó contestarle. Pretextando una fuerte jaqueca, le pidió que la llevara al salón donde estaba su tío Jaime para rogarle que regresaran a la Legación.

Al día siguiente se marchó Alfonso y ella pudo reinar en paz durante el resto de su permanencia en Washington.

*

Cuando regresaron a Nueva York se sentía Ysabel altamente complacida.

Las distinciones y agasajos de que había sido objeto le inspiraban una suprema confianza en sí misma. Se encontraba capaz de superar en pulcritud, elegancia y modales a todas las beldades neuyorkinas a quienes tanto había desesperado de llegar a imitar.

Se consideraba, con perdonable orgullo, un primor de mujer, una cultivada orquídea que deslumbraba a todos los corazones con su belleza y distinción.

Era en verdad, una princesita de cabellera rubia y tez de nieve, igual a las de sus inolvidables cuentos de hadas, ante cuya hermosura y simpatía se doblegaban incontables cortesanos desalados por rivalizar entre sí y obtener sus sonrisas adelantándose a sus más mínimos deseos.

Hasta Julieta se mostraba ansiosa de complacerla, procurando de mil maneras que la considerara como la misma amiga cariñosa de antes.

Cierto que tío Jaime, cuyos negocios iban en aumento, llegaba por las tardes a su casa rendido por el cansancio, y a menos que esperara invitados, procuraba acostarse temprano. Pero Julieta, incansable, con el pretexto de distraer a su sobrina, a guisa de madre solícita aceptaba y combinaba paseos y festejos a los cuales se empeñaba en acompañarla.

—¡Ay no, viejo... no se me ponga ridículo porque aquí no se usa eso... yo soy joven y es natural que me divierta!—le dijo un día con evidentes señales de enojo, cuando tío Jaime, medio en broma, se quejó del abandono en que lo tenía su mujercita.—Además, se apresuró a decir cambiando de tono ante la expresión de disgusto de su esposo—: conste que lo hago por cuidar a Ysabel. Doña Mercedes me la dejó especialmente recomendada. ¿Cómo puedo permitir que ande suelta por ahí, sin nadie de la familia que la cuide, con ese libertino de Alfonso, tan enamorado de ella y siempre persiguiéndola?

¡Imagínese, ese tenorio que en lo que menos piensa es en casarse!

Furiosa Ysabel, a la par que sorprendida, no supo qué decir y se quedó pensando: ¿Por qué se empeñará Julieta en convencer a tío Jaime de que Alfonso me persigue? Es verdad que Alfonso, con el grupo de siempre, visita esta casa con frecuencia y nos invita a mil diversiones; pero de eso a estar enamorado de mí, media un abismo. ¡Y qué raro que en vez de molestarse por la manera grosera de contestarle, tío Jaime la aguante y no le diga nada!

Empezaba a cobrarle antipatía a Julieta, ella que había llegado casi a adorarla. No le perdonaba lo que le decía de Alfonso y sus atenciones para ella, y le resentía su manera de tratar a tío Jaime, de quien con frecuencia se expresaba ante sus amigas en un tono despectivo y burlón que esas frívolas encontraban muy gracioso, sin perder nunca la ocasión para recalcar la gran diferencia de edad que había entre los dos.

*

La vida de Ysabel se tornaba tan novelesca como su espíritu.

Al llegar un día a casa de Elena se encontró con la desagradable sorpresa de que la atractiva rusa de Washington estaba instalada en casa de los Dorgan. Junto con ella había llegado su apuesto hermano Alexis.

Cambió instantaneamente su disgusto en asombro extasiado al saber que esta pareja de hermanos pertenecían a una familia de príncipes.

—¡Príncipes... príncipes de verdad!—se repetía a cada rato sin salir de su estupor. Decía-se que su tatarabuelo había sido Zar de Rusia.

Cuanto hacían o decían estos dos seres, poco antes extraños para ella, lo hallaba extraordinario y de singular encanto y lleno de señales inequívocas de realeza... Tan pronto extasiada como llena de horror se pasaba largas horas oyendo las narraciones de sus nuevos amigos, a quienes se complacía en investir de sobrenaturales atributos.

Con agrado y no sin sorpresa había notado que en su trato no eran distintos de los demás humildes mortales. Ni despóticos ni mandones, los encontró menos arrogantes y más deseosos de complacer que la corte de burgueses adinerados que rodeaba a los Dorgan.

Alfonso y Elena se empeñaban en festejarlos y hacerles grata su estada y de nuevo, con redoblado entusiasmo, recorrió Ysabel en su compañía la Nueva York elegante y alegre.

Se acostaba a la madrugada; pero ya a las diez u once de la mañana estaba despierta, preparándose para las diversiones del día. El festivo grupo almorzaba donde Sherry, donde Mouquín o en algún otro restaurante de moda; luego seguían los téés, *cocktails*, comidas o recepciones

en las más aristocráticas mansiones, en donde se reunía la gente *chic* a pasar la noche en alegre francachela.

Y entre comida y recepción, noches de ópera para admirar a la bella Geraldine Farrar de graciosa *Cho-cho-san*, a la Claudia Muzzio, con su voz de campanas de cristal, o a la incomparable Pavlowa en su espléndido *ballet*. O bien, noches del Winter Garden para aplaudir a la picaresca Gaby de Lys o desternillarse de risa con la inimitable gracia de la característica Fanny Brice.

¿Qué más podría desear Ysabel que esta vida dedicada por entero al placer?

¿Qué más podría anhelar que ser adorable y adorada? ¿Qué otra cosa podría pedir esta niña mimada del destino a cuyas plantas se rendían incontables admiradores, ante cuyos ojos de esmeralda se extendía una existencia plena de satisfacción y halagos?

Hubiera podido escoger entre docenas de cortejantes ansiosos de conquistar su blanca mano. Se veía a diario inundada de obsequios y de invitaciones. ¡Qué de flores le enviaban todas las mañanas! ¡Cuántos exquisitos perfumes! ¡Qué de bombones en preciosos estuches! Nada faltaba ya para la realización de sus más caros sueños. Y sin embargo, su espíritu caprichoso siempre, la había hecho sentir ilusiones nuevas que sólo habían de traerle desengaño y dolor.

¡No era feliz!

Los hombres que la atendían y cuyos cortejos hacía poco recibía complacida, la aburrían hasta más no poder. Ninguno la ilusionaba ya, ninguno tenía el poder de atraerla.

¿Qué me pasa? se preguntaba; todo me cansa, me siento hastiada de tanto correr de aquí para allá sin objeto ni fin.

Y sin embargo, la aterraba la vuelta a su tierra. Sería capaz de hacer cualquier cosa por quedarse a vivir aquí. La solución hubiera estado en casarse con alguno de sus pretendientes. ¿Qué la detenía entonces?

Como siempre que estaba atribulada, volvía el corazón hacia su adorada Virgen María. Prostrada de hinojos y con intenso fervor rezaba y le imploraba horas enteras, ante el altarcito cuajado de flores e iluminado por trémula velita que tenía en su dormitorio.

Pedía un milagro, quería un imposible. Estaba perdidamente enamorada de Alexis.

Era lógico. En él se reunían todas sus ilusiones. Representaba sus más caros ideales. Era la realidad de sus perennes ensueños. Era el hombre que encarnaba los anhelos que desde niña habían llenado de fantasías su mente de mariposa.

Cierto que Alexis la cortejaba abiertamente colmándola de atenciones; pero eso, ya lo sabía, a nada lo comprometía. Harto bien se lo habían dicho las advertencias de tía Luisa, de Julieta

y hasta de Elena, que aquí no debía tomarse en serio ningún cortejo, si no venía seguido de una declaración formal de intenciones matrimoniales. Esa costumbre le había agradado porque le permitía sostener un entretenido intercambio de alegres coqueteos y recibir atenciones y obsequios triviales de sus admiradores, sin ser criticada, como sin duda alguna le hubiera sucedido en Costa Rica; pero no le hacía ni pizca de gracia ahora, que cuando estuviera verdaderamente interesada no supiera con certeza a qué atenerse.

No es que ella dudara de su poder para atraerlo. Bien a las claras se veía que él estaba completamente subyugado por sus encantos. Lo que realmente la atormentaba era el temor de que fuera su elevado rango una barrera infranqueable para el logro de sus deseos.

Mientras él y los suyos permanecieran en el destierro, privados de sus derechos, por lo menos podía abrigar alguna esperanza; pero ni ella les deseaba tanta desventura, ni esta situación se prolongaría por mucho tiempo.

Con frecuencia oía a los dos hermanos discutiendo sobre el mismo tema: no podrían Francia, Inglaterra y las demás potencias europeas seguir indiferentes ante la lucha que sostenían millares de seres por conseguir su libertad. No era posible que no prestaran apoyo a los que con tanto heroísmo arriesgaban a

diario su vida por librar al pueblo ruso del yugo de los Zares, inspirado por un malvado como Rasputin, y establecer un régimen constitucional en su país.

Cuán lejanos estaban de sospechar siquiera los miembros de la nobleza rusa que habían comprendido la injusticia y el peligro que entrañaba la esclavitud que reinaba en su patria, y se aprestaban a apoyar los esfuerzos de la *inteligentzia*, que todos sus esfuerzos serían vanos, y que al contribuir a derrocar aquel régimen imperialista no habrían hecho otra cosa que abrirle campo a las hordas bolsheviques que habrían de mantener bajo diferentes nombres y agrupaciones la era de terror y despotismo más completa y funesta que el mundo entero habría de conocer en el curso de la historia.

A pesar de los alardes de heroísmo y sacrificio por la patria que a diario hacían, no eran exactamente Alexis y Natacha los paladines de la libertad que aparentaban ser ante sus amistades, aunque ciertamente sufrían las consecuencias de un fracasado intento revolucionario, del cual uno de sus parientes había sido destacado caudillo y que había obligado a su familia a buscar refugio en el extranjero.

Pero no eran los relatos de los sufrimientos del pueblo ruso en su cruenta lucha contra los desmanes de Rasputin y sus satélites, acuerpados por el fanatismo de los Zares—ceguera fa-

nática que bien caro habrían de pagar a manos de los anarquistas—lo que atraía la simpatía de Ysabel. Lo que captaba su imaginación eran las narraciones de las maravillas que atesoraban sus palacios de mármol, contruídos en medio de propiedades sin límites o en exóticas y populosas ciudades; de las incontables riquezas que habían tenido que abandonar por causa de su destierro. A ratos, por una especie de desdoblamiento, se imaginaba que ella también había vivido en ese país de romanza, comparando las dichas de sus nuevos amigos y luego su infortunio.

Sentía que algo se desgarraba en su pecho ante la posibilidad de que algún día se ausentara Alexis para volver de nuevo a sus dominios. Tal vez entonces, se decía, de cuando en cuando me recordará con nostalgia, como un grato pasatiempo que endulzó su destierro. ¡Y cosa extraña! Esta reflexión que en tratándose de cualquier otro hombre la hubiera llenado de indignación, la consideraba muy natural por referirse a Alexis. ¡Claro, tiene que ser así, reflexionaba, él nació para casarse con alguna hija de rey!

Su conformidad, si embargo, no era tanta como para hacerla humillarse. Con dignidad, muy de su carácter, y dominando sus sentimientos, se había mantenido hasta entonces en una actitud de aparente indiferencia ante sus corte-

jos. Pero comprendió que de prolongarse esta situación acabaría por traicionar su orgullo.

Resolvió evitarlo alejándose de Alexis.

El grupo de los Dorgan proyectaba pasar la Navidad en la Habana. Elena, cada día más cariñosa, le rogó insistentemente que los acompañara; pero Ysabel estaba resuelta a huír de Alexis y, con irreductible determinación, aduciendo como razón que se le hacía difícil negarse a los repetidos ruegos de tía Luisa para que pasara las Pascuas con su familia, no aceptó la invitación de Elena, quedándose en Woodridge.

*

Con frecuencia habría de recordar esta alegre temporada de Navidades que había pasado en casa de tía Luisa, talvez por ser la única que vivió, desde que traspasó los límites de su niñez, sin rebuscamientos y libre del acicate de una ambición que la impulsaba a perseguir con ahinco un ideal fantástico.

No llegó a la casa de su tía con mucho entusiasmo. Estaba arrepentida de su resolución de alejarse de Alexis, y le dolía haber renunciado a la temporada llena de placeres que se le había ofrecido.

Pero una vez allí, se dejó llevar sin resistencia por la corriente de diversiones sanas y sencillas tan del agrado de sus primos.

Su tía la había recibido con el mismo júbilo

que a su llegada de Costa Rica, cuando abrigaba la ilusión de que encontraría en ella a la hijita que tanto había esperado sin lograr que el cielo le concediera esa dicha. Había olvidado el resentimiento que le había producido el ver que no había perdido tiempo para irse con Jaime y Julieta, y al verla llegar ahora ufana con el éxito logrado en Washington y hablando entusiasmada de príncipes y millonarios, celebró sus triunfos como propios y se dedicó a hacerle dichosa y entretenida su temporada de Pascuas.

Los primos llegaron del colegio cargados de raquetas, palos de *jockey*, patines de hielo, *squíes*, la mandolina de Junior, el saxofón de Henry y otros adminículos indispensables para dar juego a su incansable actividad en el reino del deporte y de la música. Ysabel los encontró muy crecidos, hechos unos verdaderos hombres; pero no había pasado media hora cuando ya se había dado cuenta de que eran en el fondo los mismos muchachotes, casi unos niños, cariñosos y juguetones, realmente unos osos, pensaba mientras la ahogaban entre sus fuertes brazos, que había conocido a su llegada.

En vano se esforzó durante la comida y luego en el salón para demostrarles que no era ya ni remotamente la misma chiquilla que habían conocido cuatro meses antes en una cálida mañana de verano. Todo fué infructuoso. No se dejaron impresionar ni siquiera por sus aires de

insinuante y seductora sirena, celebrada por su incomparable belleza en las grandes ciudades estadounidenses, y más bien encontraron muy cómicos y divertidos sus nuevos modales que imitaron grotescamente, llenos de regocijo.

Haciendo esfuerzos por no reír, tía Luisa los reconvenía:—¡*Boys*, no sean pesados con su prima... con razón no quiso quedarse antes... orgullosos deberían sentirse de ella en lugar de estar portándose como Charlie Chaplin!

Pero Ysabel les dió una gran sorpresa: había regresado más tratable y menos intransigente. Con la superioridad de mujer de mundo y de preeminencia social con que se revestía, celebraba con indulgencia y hasta con buen humor las ocurrencias de sus primos, que ahora consideraba chiquilladas impropias de tomar en serio. Además, la alegría general de Navidad es infecciosa. Un hálito de bondad, felicidad y dicha flotaba en el ambiente y llenaba los corazones. Sin dificultad fueron de esta vez muy buenos amigos.

Al otro día y los que siguieron salió de compras con su tía. Empeñadas las dos en darle fin a una larga lista de regalos para parientes y amigos—a quienes era de rigor hacer algún obsequio—se abrían campo entre una multitud sonriente e imbuída del espíritu de Noche Buena. La ciudad estaba transformada. Los almacenes adornados con preciosos decorados simbólicos. En casi todas las bocacalles—vistiendo el tra-

dicional traje rojo y luciendo abundantes y largas barbas blancas—un panzón y rubicundo San Nicolás, el santo bonachón adorado de los niños estadounidenses que desciende por las chimeneas en la víspera de *Christmas* para dejar los aguinaldos al lado del hogar, recordando de esta vez al público que es justo hacer una pausa en medio de las dichosas preocupaciones para pensar en el desvalido, y llevar alegría también a los niños indigentes. Por todas partes, una abigarrada multitud cargada de paquetes. Y en donde quiera que la topografía y el tránsito lo permitían, grupos de alegres muchachos y jóvenes practicando toda clase de deportes de invierno. Se empeñaron en que los aprendiera, y después de varios días en que se avino a caer constantemente entre las risotadas de sus compañeros, pudo patinar con alguna facilidad; pero qué lejos estaba de poseer entonces la pasmosa habilidad—que andando los años llegó a superar—con que estos muchachos se deslizaban por el hielo ejecutando complicadas y graciosas piruetas, o la incomparable maestría con que descendían sobre los *squíes* las empinadas cuestras, resbalosas y cubiertas de brillante escarcha.

Con todo, prefería el *coasting* que llegó a ser—en esta temporada—su diversión favorita, y con singular deleite se dejaba deslizar en su trineo sobre la pista reluciente y lisa como ancha cinta de cristal que serpenteaba entre pequeñas

y níveas cordilleras. El aire frío, seco y limpio que respiraba a pulmón lleno parecía infundirle nueva vida y transformarla en otra persona muy diferente de la que había sido hasta entonces. Así pasaban días enteros y cuando volvían a sus casas con las mejillas rojas por el ejercicio vigorizante y el intenso frío sentían en toda su intensidad la alegría del vivir.

Al llegar la noche estaban agotados; pero el calor de las llamas de la chimenea los invitaba a reunirse a su derredor formando un semicírculo para comentar arrodajados en el suelo y en festiva charla los grandes y pequeños incidentes del día, o bien para apiñarse en torno del piano y entonar con sorprendente melodía y en varias voces los más diversos trozos de música sentimental.

Despreocupados, alegres, sin problemas, pasaban los días felices de aquellas pascuas de Navidad.

La mañana de Nochebuena sus primos la reclamaron para que los ayudara en una faena muy importante.

Desde niños, tenían la costumbre de hacer todos los años en el jardín el clásico *Snow Man* con ojos de dos pedazos de carbón, sombrero de pelo, una larga pipa en la boca y una escoba en la mano. Pero esta vez encontraron mucho más divertido retozar con su prima: empezaron por entablar una batalla contra ella

tirándole bolas de nieve y terminaron cubriéndola de nieve hasta transformarla a ella también en una nívea muñeca.

A sus gritos de auxilio acudió la tía Luisa y se la llevó para que le ayudara a terminar las decoraciones.

La casa entera estaba saturada de un olor a bosque de pinos que alegraba los ánimos. Guirnaldas de ciprés adornadas con frutitas rojas decoraban el pasamano de la escalera, las chimeneas de los salones y el comedor, así como los marcos de los espejos y de las puertas. En el centro de cada ventana colocaba Ysabel ahora por indicación de su tía, una coronita de ramas de pino rematada por un lazo de cinta roja.

En una esquina del salón principal resplandecía lleno de relumbrantes bolas y adornos el simbólico árbol de Navidad. Lo habían decorado la noche anterior y durante todo el día se había ido colocando al pie, en revuelto montón, los regalos que les remitían parientes y amigos y los destinados a los que más tarde vendrían a comer con ellos en estricta intimidad familiar.

¡Cómo se habían divertido en estas faenas!
¡Oh carcajadas al probarle al tío Pat el disfraz con que haría de San Nicolás!

—¡Ay, Pat...!—había exclamado riendo tía Luisa—si ya no cabes en ese vestido... pareces una salchicha!

—¡Tía!—la llamaba Ysabel con alborozo, asomándose a través del cristal de una ventana—. ¡Venga, vea qué cosa más divina... me parece estar viviendo en el mundo extraño de las postales que ustedes me mandaban para la nochebuena! ¡Mire, allí, por esa ventana... dígame si no se ve igualito a aquella tarjeta que tenía pintada una casita roja con el techo blanqueado por la nieve que cubría también los campos y los árboles del contorno! ¡Y fíjese, hasta el mismo laguito a un lado, reluciente como un espejo, en donde patina un niño! ¡Y allá a lo lejos, qué precioso, viene un trineo... Uy, qué lástima, lo tira un caballo, no es como el de San Nicolás, tirado por renos... ¡Si usted supiera, tía, cómo me intrigaban esas postales! Hacía mil conjeturas y preguntas, asombrada con tanta cosa desconocida para mí. A Chica no le dejaba tener gusto, pidiéndole que sembrara en el jardín de casa un árbol como el de aquellas tarjetas. De esos, le rogaba, que echan bolas de colores y juguetes. ¡Todavía guardo todas esas postales en mi álbum... Ah no—agregó tristemente—se perdieron cuando el terremoto...

En ese momento tía Luisa colocaba en el centro de la mesa una cesta de porcelana verde llena de pastoras de un color rojo vivo, vistoso y provocador. ¡Las humildes pastoras que crecen silvestres en los campos de Costa Rica!, pensó Ysabel enternecida, elevadas aquí a *Poin-*

settes, adorno costoso y exótico, símbolo de Navidad. Y su alma se llenó de indecible tristeza.

¡Qué extraño!, se dijo. ¿Por qué será que yo que tanto me aburría allá me enternezca ahora y hasta sienta deseos de llorar con cualquier detalle que me recuerde a Costa Rica?

Ya le había ocurrido en Washington, al escuchar en una ceremonia oficial el himno de su Patria, mientras izaban despacito el hermoso pabellón tricolor con pintoresco escudo en el centro: su bandera le había parecido la más bella de todas las banderas y la música la más armoniosa de todas las músicas, mientras su alma se inundaba de un inmenso sentimiento de amor hacia su tierrita y las lágrimas brotaban de sus ojos.

Le pareció que habían pasado siglos sin ver a sus padres ni a su Nanita a quienes—sumida como había estado en tantas diversiones—tenía casi olvidados. A su memoria acudieron entonces, uno por uno, sus seres queridos, algunos desaparecidos para siempre, otros lejos de ella, separados por miles de kilómetros. ¿Qué estarían haciendo... la recordarían como ella los recordaba ahora?

Con un apretado nudo en la garganta, ya iba a llorar, cuando le avisaron que debía alistarse porque pronto llegaría el momento solemne y festivo de la repartición de los presentes por el bueno de tío Pat, alias San Nicolás. Alrededor

del árbol de navidad se fueron sentando todos los primos y amigos que habían llegado, y en medio de risas y bromas los regalos fueron repartidos a sus destinatarios.

Ysabel se encantó al desenvolver una suntuosa capa de armiño, regalo de tío Pat y tía Luisa; una magnífica pulsera, obsequio de tío Jaime y Julieta; una maletita de viaje con accesorios de plata de parte de Elena.

¡Qué buenos... qué divinos! se decía mientras buscaba y buscaba... Por fin la tarjeta de Alexis! ¡Ay, qué desilusión... un frasco de perfume, como tantos otros que le había enviado ya! ¿Qué había esperado? No hubiera podido decirlo... pero ciertamente que lo había juzgado con más imaginación. ¿Qué habrá allá en aquella caja grande detrás del sillón? ¡Ay, una muñeca bellísima... una muñeca preciosa... tal como lo había pedido siempre al Niño cuando pequeña: vestida de engomada gasa azul cielo, con abundante cabellera rubia! Muchas grandes y lindas también le había traído; pero nunca una como ésta. Leyó la tarjeta. ¡Claro, tenía que ser el gracejo de Alfonso!

Recordaba que al despedirse de él la última vez le había preguntado, como quien habla a una chiquita:—¿Qué quieres que te traigan los Reyes, Bebita?—Siguiendo la broma ella le había contestado sonriente:—Una muñeca gande, gande...

¡Es curioso, pensó, ya no me es odioso Alfonso!—Se daba cuenta de que insensiblemente se había trocado el sentimiento de antipatía que le había llegado a inspirar Alfonso por otro de comprensión y afecto. Ya no lo consideraba el audaz y burlón conquistador de niñas incautas, que se empeñaba en ganar su amor para luego despreciarlas, sino un desgraciado amigo a quien la unía el pensamiento de saber que estaba enamorado, como ella, de un imposible.

Alfonso también había cambiado últimamente. Ya no la mortificaba con sus pesadeces. De nuevo la trataba con el modo suave y afectuoso de los primeros días de su amistad; el mismo fraternal y protector que usaba con Elena. Fué Natacha, bien que sin quererlo, la que provocó este cambio una tarde en que se quedaron solas. Con su voz de tonalidades profundas—tan extrañamente igual a la de Alexis—le había hablado de Alfonso.

—Hace ya muchos años que nos conocemos; a cada paso nos encontrábamos en los sitios de moda de Europa en aquellos días felices que precedieron a la horrible situación en que se halla mi patria... Pasaba yo una temporada en Londres con mi tío, nuestro Embajador en la Corte Inglesa. Llegó a unirnos honda amistad. No podía ser otra cosa, aun cuando creo poder decir sin pecar de presumida que me amaba ardentemente... me ama así todavía... Entonces

nuestra unión era imposible... él, aunque de magnífica posición... En fin, ya comprenderás.

—¿Y ahora?—la interrumpió Ysabel con vivo interés—¿Ahora... no crees?

—¡Pshsh, no sé—murmuró Natacha—puede que sí... depende de tantas cosas. Todo es posible, aunque todavía lo veo difícil.

Entrecerrando sus alongados ojos color de plata, con la cabeza echada hacia atrás, lanzaba al aire graciosas argollas de humo que despedía del fino cigarrillo egipcio que sostenía en larga boquilla de oro y marfil.

—Desde luego, has de guardar lo que te he dicho en el más absoluto secreto—continuó—; aún no soy dueña de mis acciones... nos rodean tantos intrigantes y espías...

No sospechaba Ysabel la trama que pretendía forjar Natacha con la novela que había inventado para separarla de Alfonso, a quien había visto cada vez más atraído hacia Ysabel, quien ingenuamente pensaba llena de regocijo: ¡Qué divino sería que se cumplieran nuestros anhelos! Alfonso se casaría con Natacha y yo... yo sería la esposa de Alexis!

De los ensueños que forjaba el recuerdo de su imaginación la arrancó el inexplicable comportamiento de su primo Junior, que le había rodeado el talle con un brazo, mientras le plantaba sonoros besos en las mejillas.

—¡Ave María! ¿Qué es esto?—exclamó Ysa-

bel, esquivá y molesta.—¡Tía, por Dios, quítame este besucón de encima, que está más empalagoso que dulce de chiverre!

—Es para que se vaya acostumbrando—le decía Junior muerto de risa—. Mire, ¿no sabe la costumbre?

Y le señalaba un manojito de hojas verdes y frutitas blancas relucientes, como de cera.

—¡Tonta! ¿No sabe lo que es? Es *mistletoe*. Se coloca en las arañas de luz y en la parte de arriba de los marcos de las puertas, y en esta época de Navidad, hasta el día de Año Nuevo tenemos el derecho los hombres de besar a cualquier muchacha que pesquemos debajo de alguna de estas ramitas. Mírelas por todas partes. ¿Qué le parece? ¡Lástima que no venga por aquí en estos días el príncipe ese de quien dice Julieta que está locamente enamorada!

Sintió como si le hubiesen vaciado un balde de agua helada sobre su cabeza.

¡Ah Julieta más endemoniada! ¿Cómo era posible que hubiera adivinado lo que creía tener escondido en lo más recóndito del corazón? ¿Tan ingrata, tan pesada, ponerse a contarlo y de seguro—como si la viese—con risitas burlonas en sus labios.

Creyó morir de rabia y de dolor. Se ahogaba de ira y la alegría de las fiestas navideñas desapareció de su semblante y abandonó su espíritu.

Nadie hubiera podido adivinar, en este primer día del Año Nuevo, al ver a Ysabel fresca como una rosa, su rostro coloreado por suave carmín, que no había cerrado los ojos en toda la noche. El sentimiento de intenso regocijo que la embargaba no le había permitido dormir.

Encantada de su increíble ventura, daba vueltas y más vueltas en su lecho, enmarañando su cabellera de oro y poniendo las sábanas—como hubiera dicho Chica—hechas unos chuicas.

Sólo una sombra empañaba la luminosa imagen de sus ensueños; pero una sombra chirrisquitica, que con leve soplo se disipó.

¿Por qué—se preguntaba con momentáneo pesar—me porté como una boba anoche?

Al decir «anoche», una emoción indecible inundó su corazón. Sintió deseos de cantar, de bailar, de proclamar a gritos su felicidad.

Aún resonaban en sus oídos, como música celestial, las palabras de amor pronunciadas por Alexis y que ella juzgaba de seductora poesía.

¿Por qué entonces, mientras bailaban al compás de armoniosas melodías y él la estrechaba contra su corazón, o luego cuando a su lado, sentados a la mesa, le murmuraba frases de ardiente pasión y ella extasiada sentía como si un elíxir maravilloso circulara por sus venas y la transformara en un ser etéreo que flotaba entre

vaporosas nubes; por qué, se repetía confusa, no pude a mi vez confesarle el amor intenso que guardo para él?

¡Pero qué importa!—pensó embelesada—. ¡Me ama! ¡Quiere que sea su esposa...! Esta tarde lo veré y entonces...

Recordaba emocionada las incidencias de la noche anterior. Con el alegre grupo de siempre habían ido a un «Restaurante a la Russe» a celebrar la entrada del Año Nuevo. Todo el Nueva York *chic* ávido siempre de lo novelesco y extravagante había acudido en bullicioso tumulto a secundar los esfuerzos de un grupo de desterrados, miembros de la más exaltada aristocracia rusa, quienes confrontados con la necesidad de ganarse el pan, unían en esta empresa su prestigio con el capital americano.

Al entrar no más en el suntuoso local, se sintió Ysabel cautivada por el exótico decorado de vívidos colorines, que hábilmente combinados formaban un singular conjunto de gran efecto teatral, típicamente ruso. Fascinada contempló enseguida las originales danzas eslavas que allá en el centro del salón, en un redondel iluminado por reflectores de deslumbrante luz, ejecutaba un grupo de bailarines ataviados con los pintorescos trajes del pueblo ruso, que giraban en frenético ritmo, interrumpido de cuando en cuando por desconcertantes saltos y estridentes gritos.

En el afán de vivir hasta en sus mínimos

detalles este ambiente ruso que identificaba con Alexis, había saboreado una porción de manjares desconocidos para ella, y aún había tomado un sorbito de *vodka*, servido con la inseparable rodaja de limón, que ordenó especialmente para ella el *maitre* engalanado como un general de opereta, que en toda la noche había llenado sus copas de burbujeante champagne.

¿Tomaría demasiado vino...?—se preguntó aprensiva.—Todo lo recuerdo como en un sueño.

Súbitamente como impulsada por el azogue que parecía bailarle en el cuerpo, saltó de su lecho y al mirarse en el espejo de cuerpo entero que cubría la puerta del ropero, le hizo una reverencia a la preciosa muñeca de rizos alborotados que la contemplaba con ojos brillantes como luceros.

—¡Buenos días, Princesa Imperial!—exclamó con delicioso y sonriente mohín.—¿Cómo se encuentra Vuestra Alteza en esta linda mañana?

Muy ufana de su propia gracia y su encantadora personita, daba vueltas y más vueltas frente al espejo, ensayando algunos pasos de una danza rusa, mientras entonaba quedamente:

Ochi chiornia, ochi ztraznia.

Tara li rara, tara ri la la...

¡Mi desayuno!—recordó de pronto, y apretó el timbre que llamaba a Bessie. Se acercó a la

ventana y apartó los cortinajes. Como quien contempla el más arrobador paisaje se quedó viendo el cielo turbio, grisoso, en que apenas clareaba el pálido sol invernal de aquella mañana del Año Nuevo.

Casi desnuda, con sólo su transparente camisa de dormir, se estremecía de frío, y apresurándose a envolverse en un rico ropón de raso acolchado, se acurrucó al lado de la chimenea atraída por el invitante calor que despedía. Como hipnotizada ahora por las llamas rojas, amarillas y azules que flameaban en los leños, las miraba jugar persiguiéndose unas a otras, mientras dejaba vagar su imaginación.

Por lo pronto—se decía—nos casaremos y seremos enteramente felices. Iremos todas las noches, como hasta ahora, a algún sitio de diversiones, donde luciré cada vez una nueva creación, orgullosa de pertenecer al más galán y distinguido de todos los hombres. Después, en un día no muy lejano, partiremos para Rusia a ocupar la posición que nos corresponde, ya en la Corte de San Petersburgo, ya en alguno de nuestros extensos dominios.

En subyugadora alucinación se veía trajeada como una duquesa, su frente ceñida por esplendorosa diadema, sobre sus hombros un largo manto bordeado de armiño, presidiendo al lado de Alexis las funciones públicas de algún ducado de la lejana Rusia.

En estas fantasías no le parecía imposible ni absurdo llegar a ser señora de millares de súbditos, y se decía con deleite: ¡Mis sueños resultaron proféticos! ¡Formaré parte del mundo de los dueños de tesoros incontables! ¡Visitaré a reyes y emperadores, seré agasajada como lo exigirá mi alto rango en todas las cortes de Europa y Asia! ¡Me será familiar viajar en carruajes dorados con cuarterones pintados por antiguos y famosos artistas y tirados por varios troncos de caballos empenachados con plumas y servidos por cocheros y lacayos de librea y blanca peluca! ¡Conoceré el poderío de los sátrapas de los imperios asiáticos que habitan palacios de mármol y pórfido incrustados de oro, plata y piedras preciosas! ¡Tendré joyas a montones: perlas, diamantes, esmeraldas que valdrán el rescate de un rey!

Todo lo que había leído, todo lo que había soñado, se entretejía en su delirio, aguijoneado por su ansia de grandeza y estimulado por las copas de champagne con que brindaron continuamente por el Año Nuevo.

Así dejaba pasar el tiempo, dando rienda suelta a su fantasía, cuando entró Elena envuelta en lujosa bata de terciopelo rojo que hacía resaltar la negrura de su cabello de azabache y sus ojos grandes y sombreados. Sin más preámbulo le preguntó con ímpetu:

—¿Qué te pareció la pesadez de Alexis con Jack?

—¡No sé a qué te refieres!

—No puede ser que no te dieras cuenta...

¡Ah sí, ya recuerdo! Todo sucedió cuando bailabas con Alfonso. Has de creer que sin motivo de ninguna clase—seguro mareado por tanto champagne—le dijo a Jack algo que daba a entender que se casaba conmigo nada más que por mi dinero. ¿Y él con qué boca habla? Le he oído decir mil veces que le da la razón a Alfonso de no querer contraer matrimonio; que si no fuera porque él tiene que buscarse una ricacha que endulce su vejez, jamás pensaría en esclavizarse. Hace poco tiempo aún, se empeñaba en conquistarme; pero no me cogió de boba, pues yo sabía a qué atenerme.

Ysabel guardaba silencio y Elena continuó:

—Alfonso lo quiere y lo protege porque hace ya mucho tiempo—creo que Alexis tendría veinte años y Alfonso treinta—le salvó la vida, y desde entonces, a pesar de su manera de ser, es su protegido. ¿No lo sabías? Te contaré... Ambos con un grupo de alpinistas subían el alto pico de Matterhorn, y Alfonso, que como sabes es de carácter arriesgado, se empeñó en ir adelante. De pronto resbaló, perdió el equilibrio y a los ojos horrorizados de sus compañeros se fué rodando por una pendiente hacia un abismo. Nadie, ni los guías, se atrevía a arriesgar la vida para llegar hasta él, que inconsciente no podía amarrarse la cuerda salvadora. Si no hu-

biera sido por Alexis que bajó a sacarlo con gran valor, talvez hubiera muerto allá en el fondo, entre los hielos. Esas cosas no se olvidan; por eso hace años Alfonso ve por él y por su hermana y nosotros los tratamos con tanto cariño y consideración.

—¡Elena!—pudo por fin exclamar Ysabel—¿y su rango... su posición... sus inmensos haberes en Rusia?

—¡Qué rango, ni qué riquezas, ni qué nada! De sangre real sí son; pero pertenecen a una rama lejana y arruinada, creo que hasta ilegítima... Claro que acogidos a nuestra familia, nadie duda de la autenticidad de sus títulos y de su importancia. Figúrate... nosotros obligados por una deuda de gratitud, ¿qué vamos a decir? Sólo a tí en gran confianza te lo he contado para desahogarme, porque ya me llegaba el agua al cuello con su grosería de anoche.

—¡Qué tupée!—terminó Elena indignada—¡atreverse así con Jack, cuando si no fuera por Alfonso y mi familia, ni él ni su hermana serían más que un par de pobres desterrados.

Un dolor horrible traspasaba el corazón de Ysabel. Sin sospecharlo siquiera, en un minuto había desbaratado su amiga los castillos mágicos que había construído sobre nubes rosadas. La pena que esto le producía era tanto más grande cuanto que su orgullo la obligaba a disimularla.

—¿Qué tienes?—le preguntó Elena sorprendida por la palidez que de súbito cubrió su rostro.—¿Qué tienes?—repitió asustada.

—¡Nada... nada!—le contestó Ysabel, que se había levantado violentamente del sillón y corría presurosa a encerrarse en el cuarto de baño.

Veía a las paredes dar vueltas a su alrededor. Se sentía morir. Había sido demasiado violento el cambio. Se había venido de un tirón de las regiones más elevadas e inspiradoras al fondo del desengaño más cruel. Su ideal yacía en el suelo hecho pedazos, destruido para siempre.

Elena golpeaba la puerta del baño en el colmo de la alarma.

—¿Qué te pasa?... ¡Abreme...!

—No es nada—le respondió al salir haciendo un esfuerzo sobrehumano por serenarse y sonreír—. Un ataque de bilis... demasiadas celebraciones y brindis de champagne... Tal vez aquel traguito de *vodka*...

Con la muerte en el alma, ocultando su gran congoja, se decía: No es porque sea pobre... pero vivir así... de holgazán, recibiendo sin rubor el dinero ajeno, mientras puede atrapar a una heredera...

Sonrió con amargura al considerar que él pudiera creerla millonaria, cuando don Rafael con todo y su posición preeminente en Costa Rica, apenas si venía a resultar un modesto burgués en comparación con los poderosos capitalistas que tanto abundaban en este país.

¿Cómo haré esta noche?—se preguntó—Será superior a mis fuerzas verle... hablarle... aparentar indiferencia...

Deprimida y mortificada, casi ni probó esta vez el delicioso desayuno que Bessie acababa de dejar sobre una mesita.

*

—¡Oye, Alfonso!—exclamaba Alexis esa misma tarde, mientras se anudaba la corbata con mano experta—: te felicito muy cumplidamente porque te vas a librar de mí.

—¡Hombre!—protestó Alfonso sonriendo— ¡qué carga más pesada me quitarías de encima!

—¡Pues hablo en serio! Ayer me le declaré a la rubita y pienso seriamente anexarme su fortuna y vivir tranquilo el resto de mi vida. Fuera de broma... me gusta de verdad... Créeme... me atrae aún más que su dinero.

Alfonso sintió que se ahogaba de cólera. Oír nombrar a Ysabel de una manera tan cínica por este inútil tarambana lo puso fuera de sí, olvidado de que tanto Alexis como él mismo, acostumbraban discutir y comentar libremente, sin escrúpulos, los pros y contras de sus reprobables enredos y caprichos.

—Te confieso que no sé si podría decir que estoy enamorado—continuaba Alexis—, aunque me gusta extraordinariamente esa mujer que todavía es mitad niña. Es tan ingenua, y sin em-